

Lucía

Capítulo I

Lucía era una adolescente de catorce años proveniente de una familia que vivía en el barrio La Colmena. Vivía junto con su madre que trabajaba como empleada doméstica en una casa cerca del Centro Histórico de Quito. A pesar de que su madre trabajaba día y noche siempre procuró mantener a Lucía en las mejores condiciones, nunca permitió que la comida escasee en la mesa o que la ropa esté en mal estado. Lucía quería aportar y ayudar a su madre en lo que faltaba de dinero, pero ésta solo le pedía que se preocupara por estudiar.

Cuando terminaban las clases, Lucía regresaba a su casa caminando, siempre portaba un paraguas debido a que no sabía si iba a caer la lluvia. Cada vez que cruzaba las casas del barrio para llegar a su casa sentía el miedo correr por toda su anatomía, bajaba la mirada de tan solo divisar los hombres que la miraban fijamente y la silbaban, una vez uno de ellos se acercó a ella para ofrecerle cerveza y platicar sobre sus asuntos: <<Tu mamá está ocupada así que podemos divertirnos>>, Lucía no respondía y seguía caminando.

Nadie llegó a tomar su brazo a la fuerza, pero las miradas que apuntaban a ella la impedían respirar con normalidad. El paraguas que llevaba no solo la llevaba en caso de tormenta, la desplegaba para no mirar el semblante de aquellos hombres, y corría. Llegó a su casa, respiró para liberar la tensión y se sentó en la silla de la mesa del comedor. Lucía se sentía sola y comprendía que su madre jamás tendría otro hijo porque apenas ganaba para el bienestar de las dos: <<¿Qué pasaría si también trabajo? ¿Mi mamá dejaría de tener toda la carga que tiene en sus hombros? Intentaré conseguir trabajo, aunque sea limpiando pisos. >> Se planteó aquel objetivo. -A partir de mañana, después de clases, pasaré preguntando si necesitan una nueva empleada. No me importa que trabajo tenga que hacer – se dijo.

Su madre no se enteró de la situación ni tenía indicios de los nuevos planes de su hija. Después de la hora de clases, Lucía pasaba preguntando puerta en puerta si podían darle un trabajo, se dirigía a locales de comida, farmacias, papelerías y casas, pero nadie quería contratar a una chica de tal edad: <<La verdad no necesitamos a personas de tan corta edad, además ya tenemos empleados suficientes aquí. >> Era el comentario que más escuchaba. Pasaba horas caminando, tenía hambre, pero aguantaba como muchas veces lo había hecho cuando no había qué comer.

De regreso a su casa, uno de los hombres que se acercó la primera vez caminó hacia ella.

- ¿Cómo es eso de que estás buscando trabajo?

Lucía frunció el ceño, no comprendió la pregunta hasta después de unos segundos.

- ¿Por qué lo dice? ¿Cómo sabe eso usted?

- Por ahí lo escuché, pero si estás necesitada de trabajo puedo... - Lucía lo interrumpió.

- ¡No! – alzó la voz, se calmó y prosiguió con calma – Gracias, pero no quiero molestarlo.

- No es ninguna molestia, quiero ayudarte en lo que quieras y te doy a cambio lo justo.

- Ya le dije que no es necesario, no quiero molestarlo.

- ¡Te estoy ofreciendo mi ayuda y no eres capaz de ser agradecida ¿No te enseñaron a respetar a tus mayores y a ser grata cuando se te ofrece lo que quieres?! – gritó el hombre y le agarró del brazo.

Lucía vio la furia en sus ojos, su corazón parecía explotar, el miedo fue lo único que se encontraba en esa escena, no podía moverse ni decir una sola palabra. Su brazo cada vez sentía más el apretón, la muchacha reaccionó y metió su rodilla en la entrepierna del hombre y corrió. Detrás de ella escuchaba los quejidos y los gritos de tal señor.

- ¡Ya verás lo que te pasará por haberme rechazado niña de mierda!

Entró a su casa, puso seguro y se escondió debajo de su cama, se echó a llorar. No quería salir nunca más, solo quería esperar a que su madre regresara.

...

Cuando su madre regresó, Lucía salió de la cama y abrazó a su mamá mientras lloraba.

- Mami, ayúdame por favor.

- Lucía, ¿acaso eres tonta?

La chica se separó de su madre, la miraba con incredulidad.

- ¿Qué? – suspiró - ¿Por qué... por qué me insultas? Yo no hice nada, es más soy yo la que...

- No me interesa lo que me digas. ¿Me puedes explicar por qué le pegaste a don Martín? - lloraba con miedo y le señaló el brazo izquierdo, estaba rasguñado y con un moretón – Ese hombre me agarró con odio y me sacudió diciéndome que estaba molesto porque lo habías golpeado – temblaba su voz.

- Mami, él fue quien me agredió primero.

- ¡Mentira! Él me dijo que como estabas buscando trabajo te ofreció ayuda y de repente tú lo habías golpeado.

- No no no, eso no es verdad. Así no fue como pasó.

- ¡No me importa cómo pasó! Tú lo golpeaste, eso no te lo perdono.
- ¿Me dejas hablar?
- Digas lo que digas solo te hundirá más y empeorará las cosas.
- Él desde antes me molestaba cuando regresaba del colegio, muchas veces intentó agarrarme del brazo para meterme a su casa, y esta vez también me lastimó. ¡Mira!
- ¿Por qué mierda quieres buscar trabajo? ¿Piensas que soy tan inútil como para que no pueda hacer las cosas yo sola?
- No mamita, no. Veo que no te alcanza para muchas cosas en las que debemos invertir y ya no quiero que trabajes dieciocho horas y duermas solo seis. Quiero ayudarte en lo que sea para que no termines enferma, por favor.
- Por tu culpa, don Martín y todo el barrio nos darán la espalda por tu violencia.
- ¿Pero nadie dice lo que ese señor me ha hecho? ¡Todos han visto como me ha tratado y cómo me trató este día! ¿Por qué lo tratan como la víctima si a mí me ha hecho sentir peor?
- ¡Ya! No hables – Cayó la madre al suelo, puso sus manos en la cara apoyándose en sus muslos y lloró.

Lucía no dijo nada más y fue a su cuarto.

Capítulo II

Al día siguiente, cuando iba a su casa cruzando una calle de polvo, escuchó que un camión detrás de ella, y de repente, su vista se oscureció y cayó.

Abrió sus ojos lentamente, al intentar incorporarse sintió un fuerte dolor en su cabeza. Su vista se hacía más clara, se percató que estaba dentro del remolque de un camión y al frente suyo vio a un hombre que la sonreía con cinismo.

- ¿Ya despertaste?
- ¿Quién eres tú?
- Este Martín jamás me aclaró que eras una jovencita tan bella

Lucía sintió su mente colapsar, su corazón se detuvo y empezó a sollozar.

- Serás una buena oferta, ganaremos muy bien contigo – sacó un cigarrillo y expulsó humo – Será mejor que te portes, las chicas buenas recibirán un trato mejor, así que, calladita.

Llegaron a un bar en la noche, ella se había dormido y aquel hombre la despertó con una patada en el estómago - Levántate zorra – y la levantó jalándole el cabello. Para salir del remolque del camión la empujó con fuerza y cayó sobre las piedras del parqueadero haciendo que sus manos y brazos terminaran heridos.

Entraron al bar y la ofrecieron a todos los comensales que se encontraban dentro. Los dos hombres que la llevaban veían que muchos clientes no se mostraron interesados en Lucía e iniciaron viajes a diferentes bares tratando de venderla hasta que llegaron a uno donde se inició una subasta para comprarla.

- La compró en doscientos dólares.

- Quinientos – Levantaba un posible comprador.

- Ofrezco setecientos.

- Mil

- Cinco mil dólares en efectivo – Todos los interesados voltearon a ver a una mujer de semblante frío que fue acercándose a la muchacha esbozando una sonrisa que expresaba cuánto disfrutaba su nuevo paquete.

- Vendida – replicó uno de los hombres que acompañaba a la chica.

- ¿Es esta el tipo de niña que quiere mi señora Catalina? – preguntó el chico que estaba a su lado.

- Claro que sí Satán, los clientes darán mucho más por un producto que tiene la combinación de niña y mujer al mismo tiempo. Eso les gusta. Sujeta sus manos por detrás y encárgate de amarrar su boca, no quiero que grite.

- Sí, mi señora.

La subieron a un auto y se trasladaron a Santo Domingo. Durante todo el viaje se le negó tomar agua y comer. En dos ocasiones orinó en su asiento y la golpearon. Cuando defecó, Satán parqueaba el golpeó su rostro con una linterna dejándola inconsciente hasta llegar al lugar determinado por Catalina.

Pasaron las horas – Ya llegamos señora – dijo el chofer. Bajaron del carro y trataron de despertar a Lucía, pero no respondía.

- ¿Está muerta? – preguntó Catalina.

- No mi señora, la golpeé, pero no tan fuerte como para matarla – explicó Satán.

- Muy bien, si no despierta llévala en tus brazos y déjala con las otras niñas.

Lucía fue llevada a la casa, entraron a una habitación, la lanzaron hacia el suelo y cerraron la puerta con seguro.

Las manos de una muchacha acariciaron su rostro y otras manos alzaron su cuerpo para acostarla en la única cama que había en esa habitación.

Sus ojos se abrieron y divisaron un techo blanco con trozos de pintura agrietándose y cayendo. Luego, cabezas femeninas entraron a su campo de visión ocultando todo el techo para acercarse a su rostro.

- ¿Estás bien? – inquirió una muchacha

Su vista no captaba con claridad quien era, escuchaba preguntas y más preguntas.

- ¿Puedes hablar?

- ¿Puedes levantarte?

Se frotó los ojos y levantó su torso para sentarse. De repente vio que estaba en una habitación diminuta, estaba desordenada y pudo calcular que, aproximadamente, había siete muchachas de entre catorce y dieciocho años.

- Tranquila, no te haremos daño, pero por favor, de ahora en adelante no contradigas ni cuestiones las órdenes de Catalina.

- ¿Dónde estoy? Preguntó Lucía.

- En la casa de ella, y este pequeño lugar es la habitación central donde todas aquí permanecemos encerradas después de trabajar – respondió una.

- ¿Para qué o qué? – Lucía empezó a llorar con desesperación.

Cuando una de las muchachas iba a responder, la puerta de la habitación se abrió con fuerza y entró la proxeneta.

- ¡Madame! – una de ellas se arrodilló.

- ¡Ya levántate, niña! ¿Ya conocieron a la nueva? ¿Sí? Perfecto – Pasaba su mirada sobre cada niña hasta llegar a Lucía – Y me imagino que ya sabe lo que debe hacer. ¿No?

Lucía frunció el ceño, estaba confundida y el miedo la azotó cuando la señora le comentó sobre su futuro.

- Tú, pequeña tonta, trabajarás para mí. A ver si con ese cerebro logras entender, a partir de ahora en adelante reunirás mil dólares cada día y me lo darás a mí. Simple ¿verdad?

- Pero ¿cómo voy a ...

- ¡Yadissa, ponle la plancha a esta perra!

La jovencita que fue nombrada agarró la plancha de ropa que estaba encima de una tabla y colocó el metal ardiendo en la piel de su brazo izquierdo. Lucía gritó.

- ¿Quién te crees que eres para responderme e interrumpirme mientras hablo? La próxima vez te lo aplicaré en el rostro. ¡¿Entendiste maldita?! – Lucía lloraba – Y respondiendo a tu pregunta absurda, pues te la explicaré de la manera más lógica posible que hasta un niño con retraso lo entendería. A partir de ahora te acostarás con cuántos hombres sean necesarios, al final del día quiero ver que hayas reunido mil dólares, pero si no es el caso, como castigo estarás en un cuarto encerrada con diez de mis hombres y te someterás a ellos. ¿Claro? – Antes de cerrar la puerta, Satán le entregó un paquete de plástico y se lo lanzó a Lucía – Te pondrás esto, ellas te maquillarán y te dirán qué hacer. ¡Todas! Las quiero listas en veinte minutos – Se fue cerrando la puerta con vehemencia.

Tres muchachas le explicaron lo que debía hacer todos los días, cómo vestirse, qué hacer y qué no hacer, qué decir y qué no. Ella solo escuchaba, quedó sumida en el vacío de su cabeza mirando a un punto fijo de la habitación.

- ¿Tengo que pagar por estar viva? – preguntó

- Así es – contestó la chica que a los ojos de Lucía era la mayor. Se llamaba Brenda.

El tiempo se acabó y todas salieron a las calles. Antes de que saliera, la proxeneta agarró su brazo y le susurró <<Es inútil si piensas que vas a escapar pidiendo ayuda a cualquier policía que te encuentres, ellos saben lo que hacemos y como recompensa por evitar cualquier intento de escape, les ofreceré tu cuerpo de forma gratuita.>> Y la dejó ir.

Lucía pasó cinco meses en ese mundo, trató de hablar con los hombres que estaban con ella para pedir ayuda. <<De ninguna manera. Ya pagué por tu servicio. Yo no tengo nada que ver en esto. Ese es tu problema.>> Obtenía la misma respuesta.

Capítulo III

Después de que un hombre hubo salido de la habitación donde ella se encontraba, Lucía salió y comenzó a llorar. Caminó con dificultad tocando su abdomen con su mano. Mientras se dirigía a la habitación central vio que la oficina de Catalina estaba abierta, dentro de ella se divisaba encima del escritorio su celular. Un pensamiento que, la hizo temblar, destelló. Y tuvo miedo, llegó a pensar que la proxeneta leería inmediatamente su mente. <<Es ahora o nunca>>. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie viéndola, entró a la oficina y cerró la puerta.

Tomó el celular y de repente, su mente se quedó en blanco. << ¡Qué tonta! ¿A quién debo llamar?>> Se susurró. Permaneció en medio de sus preguntas, y la puerta se abrió.

Su corazón se detuvo, veía la muerte delante de ella como si le estuviera diciendo: << Voltea, mira quien llegó.>> En silencio, lloró. Percibió un silencio mortal, pudo escuchar que detrás de ella alguien respiraba y caminaba. Desde su lado izquierdo, escuchaba que se acercaba y un rostro se asomó y la miró fijamente. Lucía gimió y volteó a ver lentamente para fijar sus ojos sobre los de la mujer que pronto la podría matar. Sus rostros estaban muy cerca, la mujer respiraba con fuerza sobre la muchacha.

- ¿Se te ha perdido algo, zorrита?

Lucía solo la miraba con terror.

- ¿No quieres responder? – Y súbitamente le perforó el brazo izquierdo con una navaja. La pequeña adolescente gritó, cayó y a partir de ese entonces, todo se apagó.

...

No sabía cuánto tiempo había pasado, y despertó en una habitación donde solo se encontraba un armario, una cama donde ella se encontraba y una silla. Se levantó y sintió una mirada, fijó su mirada hacia un chico que la miraba con lascivia desde la única silla que se encontraba en ese espacio.

- Me dijeron que podía hacer lo que quiera contigo, y eso haré – rio mientras se levantaba del mueble, lo tiró a un lado, se puso encima de ella y la violó.

<< ¿Qué fue lo que hice mal para merecer esto? >>, pensó.

Antes de que el chico se fuera le impuso una orden en nombre de Catalina.

- Mi mamá preciosa me dijo que si eres tan inteligente como para querer escapar debes encontrar la llave que abrirá una puerta que te dejará libre, la cual también debes encontrar. Te dio un tiempo de tres horas, pero si después de ese tiempo no has conseguido nada, te quedarás aquí esperando a que mis amigos y hermanos entren y se diviertan contigo. Buena suerte chiquita – y soltó un beso en el aire.

Lucía empezó a buscar por toda la habitación con desesperación mientras lloraba y gritaba. Y así lo hizo por dos horas, el tiempo se acababa. Se resignó y cayó al suelo para aceptar el destino que tendría en ese lugar. Miraba el techo y escuchó el silencio. Sintió calma y su respiración se estabilizó.

No le importaba cuanto quedaba de tiempo, dejó que su alma moviera su cabeza desde el suelo, miraba de un lado al otro, y de pronto ahí estaba. Debajo del armario se presentaba un haz de luz.

Se levantó de súbito y movió el armario, una puerta se manifestaba delante de ella, << Mierda ¡La llave!>> Lloró con desespero. No la había encontrado. Lo único que pudo hacer fue acercarse a la puerta y tocó la perilla, pero notó que había un seguro, lo movió y la puerta se abrió.

El aire que inhaló la inundó de un calor que inspiraba salvación, y el miedo se fue. Corrió, pero nuevamente el miedo la invadió cuando recordó que en cualquier momento algún policía la podía capturar. <<Dios por favor, ayúdame>>, y se echó a correr sin mirar atrás, no le importó nada sino solo correr.

Sintió como el aire fresco de la noche de Santo Domingo la abrazaba, durante su camino lo vio todo en cámara lenta y deseó que la vida tuviera compasión de ella y le diera el sosiego que tanto anhelaba. Corría y corría mientras soñaba despierta, y un rifle silbó. Una bala atravesó su torso y luego otras tres, cayó al suelo mirando las estrellas, y antes de cerrar los ojos contempló la inmensa belleza del universo que la veía como una estrella apagándose.